

Para mí, Américo Castro comenzó siendo el autor de *El pensamiento de Cervantes*; el hombre que acerto a sacar al creador del *Quijote* del cerco asfixiante en que le tenía sumido la indagación micro-erudita de los cervantistas a la manera de Rodríguez Marín y el anti-erudito ensueño de los quijotistas a la manera de Unamuno. Con Américo Castro, Miguel de Cervantes comenzó a ser para todos lo que él realmente fue, además de soldado de Lepanto y alcahalero: un hombre en la corriente de la historia universal, un varón —tal es el privilegio de los genios— a la vez hijo y padre de su tiempo.

Más tarde, Américo Castro ha sido el autor de *España en su historia* y de *La realidad histórica de España*; una persona en cuya alma se ha hecho egregiamente real la verdad de una sentencia de don Miguel de Unamuno muchas veces citada por mí: «Quien no hubiere sufrido, poco o mucho, no tendría conciencia de sí». También el placer, es cierto, nos hace conscientes de nosotros mismos, cuando reflexivamente lo degustamos; pero en modo alguno puede ser comparada su eficacia iluminadora y escultórica con la que el dolor posee. El doble dolor de la discordia española y del exilio aguzó en Américo Castro el afán de adquirir plena conciencia de sí, en cuanto español; y fruto de este empeño han sido —con el séquito de tantos estudios menores— los dos libros que acabo de mencionar, fundamentales para una intelección cabal de lo que ha sido nuestra siempre problemática España e ineludibles para el hondo examen de conciencia que su edificación requiere.

Entre la ribera americana del Pacífico y la ribera española del Mediterráneo —los parajes en que el norteamericano y el español mejor descubren el gusto de vivir, allende el desvivirse técnico de aquél y el desvivirse utópico de éste—, Américo Castro cumple, lleno de vigor intelectual, sus ochenta años. Quisiera que mi voz —la voz de un español de paz que ha recibido de él ideas y amistad— le lleve en estos días un cornadillo, como diría fray Luis de Granada, de gratitud, de compañía, de terca y desengañada esperanza.

PEDRO LAÍN ENTRALGO